

OCHO LECCIONES DE MÉTODO DE LA HISTORIOGRAFÍA OCCIDENTAL ENTRE 1968 Y 2002 (II)

Carlos Antonio Aguirre Rojas

*Investigador Titular en el Instituto de Investigaciones
Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México*

Resumen: Este artículo trata de hacer explícitas las principales lecciones metodológicas desarrolladas por las cuatro más importantes corrientes de la historiografía occidental actual. Concentrándose en el plano metodológico, el texto reconstruye los principales paradigmas hoy vigentes en la historiografía de vanguardia en el mundo occidental.

Palabras clave: Metodología de la historia, Corriente de Annales, Perspectiva del 'análisis de los sistemas-mundo', historia marxista británica, microhistoria italiana.

Abstract: This article try to explain the mains methodological lessons developed by the four most important 'schools' or perspectives in the West current historiography. Focusing in the methodological level, the essay reconstruct the mains paradigms actually used in this most advanced West historiography.

Key-Words: Methodology of History, Annales School, World-Systems Analysis Perspective, British Marxist History, Italian Microhistory.

*...La contrahistoria (...) será el discurso de los que no poseen la gloria o -
habiéndola perdido- se encuentran ahora en la oscuridad y en el silencio (Michel
Foucault, Genealogía del racismo, 1976)*

A MÁS DE TREINTA AÑOS de distancia de su saludable irrupción, la revolución cultural planetaria de 1968, parece por fin haber mostrado ya a todo el mundo sus verdaderos perfiles profundos y esenciales. Ya que más allá de las derrotas que, en prácticamente todas partes, sufrieron los movimientos sociales y políticos que protagonizaron esta

revolución de 1968, subsiste el hecho de que todos ellos, sin excepción y a pesar de haber sido vencidos en lo político y en lo inmediato, triunfaron radicalmente al lograr desencadenar una transformación profunda e irreversible del conjunto completo de las estructuras de la reproducción cultural de todas las sociedades del orbe¹.

Lo que se hace evidente, cuando constatamos que las tres instituciones o espacios centrales en donde se genera y se reproduce la cultura contemporánea, que son la familia, la escuela y los medios de comunicación, han sufrido justamente una mutación de largo alcance, precisamente a raíz de los efectos y del impacto central de esta revolución de 1968. Y es este impacto global del 68, el que se encuentra en la base de tantos y tantos procesos que hoy vivimos cotidianamente, y que abarcan desde la crisis de la familia moderna, el aumento espectacular de la tasa de divorcios, o la ruptura del machismo y el patriarcalismo dentro de las células familiares de todo el mundo, hasta el papel desmesurado que hoy juegan los medios de comunicación en todas partes, papel que los vuelve capaces de influir en la opinión pública hasta el punto de hacer variar el resultado de una elección presidencial, a la vez que desinforman sistemáticamente sobre una guerra, o sobre un movimiento indígena dignamente en rebelión. Pero también, cuando denuncian valientemente las injusticias, o las expoliaciones que se realizan a varias generaciones de ciudadanos, por causa de un terrible acuerdo del Estado con los banqueros, o cuando hacen públicas las transacciones sucias y los acuerdos cupulares de los dirigentes de tal o cual partido político, que desembocan en el veto a la aprobación de una ley digna sobre los derechos indígenas, por ejemplo. Pasando además, por todos los cambios enormes que ha sufrido también la institución de la escuela moderna, desde la redefinición total y la superación de la vieja relación jerárquica maestro-alumno, y su sustitución por las nuevas técnicas pedagógicas, hasta la muerte del fetichismo acrítico frente a la letra impresa, en cuyo lugar florece ahora el libre examen crítico de las opiniones, y el debate directo como nuevo método de conocimiento².

¹ Para la caracterización *general* de esta revolución de 1968, cfr. Fernand Braudel, "Renacimiento, Reforma, 1968: revoluciones culturales de larga duración" en *La Jornada Semanal*, num. 226, México, 10 de octubre de 1993, Immanuel Wallerstein, "1968: revolución en el sistema-mundo. Tesis e Interrogantes" en revista *Estudios Sociológicos*, num. 20, México, 1989, Giovanni Arrighi, Terence Hopkins, e Immanuel Wallerstein, "1989, the continuation of 1968", en *Review*, vol. XV, num. 2, Binghamton, 1992, y Carlos Antonio Aguirre Rojas, "1968: la gran ruptura" en el libro *Breves Ensayos Críticos*, Ed. Universidad Michoacana, Morelia, 2000, y "Repensando los movimientos de 1968" en el libro *1968: Raíces y razones*, Ed. Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, Ciudad Juárez, 1999.

² Sobre estos efectos culturales de la revolución de 1968, cfr. también Fernand Braudel, "La troisième partie de l'identité de la France: La France dans sa plus haute et plus brillante histoire" en *Les écrits de Fernand Braudel. Les ambitions de l'histoire*, Editions de Fallois, París, 1997, François Dosse, "Mai 68, mai 88: les ruses de la raison" en *EspacesTemps*, num. 38/39, París, 1988, Immanuel Wallerstein "1968: Entrevista con Immanuel Wallerstein", en *Sociológica*, num. 38, México, 1998 y Carlo Ginzburg, "Microhistoria: dos o tres cosas que sé de ella", en *Manuscrits*, num. 12, Barcelona, 1994.

Efectos fundamentales de 1968, en *todos* los renglones de la cultura contemporánea, que también han impactado a todo el entero sistema de los saberes científicos, cuestionando hasta la misma división de las ciencias en “duras”, “sociales” y “humanísticas”, y replanteando, igualmente, la pertinencia y legitimidad de la división del estudio de lo social, en los tradicionales campos autónomos y separados de las actuales disciplinas de la antropología, la historia, la sociología, la economía, la geografía o la psicología, entre otras³.

Con lo cual, también la historia y la historiografía se han visto totalmente sacudidas y transformadas de raíz, renovándose una vez más, y dando lugar tanto al nacimiento de *nuevas* corrientes historiográficas, con nuevos paradigmas, métodos y perspectivas sobre el oficio de historiador, como también a la transformación profunda e igual renovación de algunas antiguas corrientes o tendencias historiográficas ya existentes.

Corrientes renovadas profundamente, o en otro caso recientemente emergentes dentro los estudios históricos mundiales, que como herederas directas de la gran ruptura cultural de 1968, van a ser también aquellas que elaboren y propongan los *nuevos modos* de ejercer y de practicar la historia y la investigación histórica, estableciendo no sólo las principales lecciones historiográficas todavía vigentes de esa revolución de 1968, sino también las formas, los modelos y los horizontes de la manera en que hoy, en el año 2002, se estudia, se investiga y se enseña la historia, en una buena parte de todo el planeta⁴.

Lecciones fundamentales de la historiografía de los últimos treinta años, que también son olímpicamente ignoradas por la mala historia positivista hoy dominante, pero que, junto a los aportes y las lecciones aún vivas de la historia marxista, y unidas también a las contribuciones desarrolladas por la corriente francesa de los Annales del periodo de 1929 a 1968, constituyen la *plataforma imprescindible* de los elementos formativos esenciales que, en la situación actual, debe poseer todo buen historiador genuinamente crítico, y que desee verdaderamente estar a la altura de nuestra propia época. Veamos entonces, brevemente, cuáles son estas lecciones de la historiografía

³ Sobre estos cuestionamientos cfr. Ilya Prigogine e Isabelle Stengers, *La Nueva Alianza. Metamorfosis de la ciencia*, Alianza editorial, Madrid, 1997, Ilya Prigogine, *El fin de las certidumbres*, Ed. Andrés Bello, Santiago de Chile, 1996, Isabelle Stengers, *L'invention des sciences modernes*, Ed. La Découverte, Paris, 1993, Wolf Lepenies, *Las tres culturas*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1994, e Immanuel Wallerstein, *Impensar las ciencias Sociales*, Ed. Siglo XXI, México, 1998 y *Abrir las ciencias Sociales*, Ed. Siglo XXI, México, 1996.

⁴ Sobre estas formas nuevas, cfr. François Dosse, “Las palabras para decirlo: Mayo 68 y las ciencias humanas” en *La Vasija*, num. 3, México, 1998 y Carlos Antonio Aguirre Rojas “El 1968 e la storiografía occidental” en *Storiografia*, num. 2, Roma, 1998.

de los últimos treinta años, así como las corrientes nuevas o renovadas que las han impulsado y propuesto.

I

Desearía, claro está, que el editorial titulado 'Histoire et Sciences Sociales. Un tournant critique' que abre el último número de la revista Annales ESC de 1989, pudiese ser leído como el signo de una inflexión en el trabajo de la revista... (Bernard Lepetit, "Les Annales Aujourd'hui", 1995)

Una primera lección que es posible derivar de esta historiografía post-68, está asociada a los desarrollos más recientes de la corriente francesa de los Annales, y en especial a lo que podríamos considerar su "cuarta generación" o cuarto proyecto intelectual fuerte, desplegado desde 1989 y hasta hoy⁵. Porque es sabido que después de 1968, la corriente de los Annales tuvo un viraje radical respecto del tipo de historia que había impulsado entre 1929 y 1968, historia esta última cuyos perfiles y enseñanzas hemos desarrollado en otra parte⁶. Y entonces, entre 1968 y 1989, lo que los Annales hicieron fue dedicarse a la amorfa, ambigua y poco consistente "historia de las mentalidades", historia que abordó lo mismo problemáticas y temas históricos bastante banales e inesenciales, que unos pocos estudios dedicados a temas más serios y relevantes, pero que en conjunto se autodeclaró una historia *ecléctica* desde el punto de vista metodológico, y también una historia sin línea directriz ni principios teóricos, que aceptaba absolutamente cualquier enfoque histórico posible, con la única condición de que abordara ese indefinido campo de las "mentalidades"⁷. Y es claro que,

⁵ Existen todavía pocos estudios sistemáticos sobre esta *cuarta* generación de los Annales. Al respecto cfr. Christian Delacroix, "La falaise et le rivage. Histoire du 'tournant critique'" en *EspacesTemps*, num. 59/60/61, París, 1995, Christian Delacroix, François Dosse y Patrick García, *Les courants historiques en France. 19e-20e siècle*, Ed. Armand Colin, París, 1999, en especial el capítulo 6, Youry Bessmertny, Bernard Lepetit y Jean-Yves Grenier "A propósito delle nuove 'Annales'" en la *Rivista di storia della storiografia moderna*, No. 1-3, Roma, 1995, Bernard Lepetit, "Les Annales Aujourd'hui", en *Review*, vol. XVIII, num. 2, Binghamton, 1995 y Carlos Antonio Aguirre Rojas, *La escuela de los Annales. Ayer, hoy, mañana.*, Ed. Montesinos, Barcelona, 1999, en especial el capítulo 7, en donde desarrollamos mucho más ampliamente la caracterización de estos 'cuartos Annales'. (De este último libro citado existe también una versión en francés, *L'histoire conquérante. Un regard sur l'historiographie française*, Ed. L'Harmattan, París, 2000, que incluye una actualización de la Bibliografía final).

⁶ Al respecto, además de nuestro libro citado en la nota anterior, cfr. también Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Os Annales e a historiografia francesa. Tradicoes críticas de Marc Bloch a Michel Foucault*, Ed. Universidad de Maringa, Maringa, 2000, *Fernand Braudel und die modernen Sozialwissenschaften*, Ed. Leipzig Universitaet Verlag, Leipzig, 1999 y *Tempo, Duracao, Civilizacao. Percursos Braudelianos*, Ed. Cortez Editora, Sao Paulo, 2001.

⁷ Para la crítica de esta historia de las mentalidades puede verse, G. E. R. Lloyd, *Las mentalidades y su desenmascaramiento*, Ed. Siglo XXI, Madrid, 1996, Carlo Ginzburg, *El queso y los gusanos*, Ed. Muchnick, Barcelona, 1981, François Dosse, *La historia en migajas*, Ed. Alfons el Magnanim, Valencia,

desde el punto de vista de la historia crítica, muy poco puede ser rescatado del conjunto que abarca esa historia de las mentalidades, desarrollada por la tercera generación de la corriente annalista.

En cambio, y es esta la primera lección de esa historiografía francesa de los últimos quince años, resulta interesante el nuevo modelo de historia cultural que esta cuarta generación de Annales ha promovido, y que es el modelo de una historia social de las prácticas culturales, también caracterizado como una nueva historia cultural de lo social. Una historia que, frente al substantivismo autosuficiente de los estudios históricos de las mentalidades -que en ocasiones ha llegado hasta el idealismo abierto y confeso, como en la obra de Philippe Aries-, va en cambio a representar un verdadero esfuerzo de una historia otra vez *materialista*, y otra vez profundamente *social* de los fenómenos culturales⁸.

Así, y asociada muy de cerca a los trabajos de Roger Chartier, esta historia social de las prácticas culturales nos propone analizar *todo* producto cultural como “práctica”, y por ende, a partir de las *condiciones materiales* específicas de su producción, de su forma de existencia, y luego de su propia difusión y circulación reales. Por ejemplo, como en el caso de la historia del libro, que no sólo estudia los contenidos intelectuales y los mensajes culturales del mismo, sino también sus modos de fabricación, los procesos de trabajo de los editores, la composición material misma de los textos y su forma de presentación dentro del “objeto libro”, igual que las diferentes formas de su lectura y de su recepción, por parte de los muy diversos “públicos” que lo consumen y lo utilizan en una época dada. Es decir, una historia cultural que vista como esa síntesis de diversas “prácticas”, es una historia *materialista* en el mejor sentido de este término.

Y también, una historia de la cultura que es profundamente *social*, en la medida en que restituye y reafirma esa condición de los productos y de las prácticas culturales, como resultados siempre directos de la propia *actividad social*. Es decir, que lo mismo una práctica de lectura determinada que un cierto conjunto de representaciones asumidas, e igual un cierto comportamiento cultural de una clase o grupo social, que una determinada modalidad de construcción del discurso, son todas distintas manifestaciones culturales que son siempre producidas, acogidas y reproducidas por una específica sociedad y en un cierto contexto histórico, lo que nos obliga entonces a partir

1988, y Carlos Antonio Aguirre Rojas, “¿Qué es la historia de las mentalidades?. Auge y declinación de un tema historiográfico”, en el libro *Itinerarios de la historiografía del siglo XX*, Ed. Centro Juan Marinello, La Habana, 1999.

⁸ Sobre este proyecto, cfr. de Roger Chartier, *El mundo como representación*, Editorial Gedisa, Barcelona, 1992, *Libros, lecturas y lectores en la edad moderna*, Alianza editorial, Madrid, 1993, *Sociedad y escritura en la edad moderna*, Ed. Instituto Mora, México, 1995, y *Au bord de la falaise*, Editorial Albin Michel, Paris, 1998.

siempre de ese referente social e histórico, para la explicación de toda práctica o fenómeno cultural posible. Un nuevo modelo de historia cultural, que si bien se encuentra *todavía en proceso de construcción*, y más precisamente en la vía de desprenderse de su matriz originaria que fue esta historia del libro y de la lectura, para intentar convertirse en un modelo *más general* de historia cultural, podría eventualmente en el futuro, llegar a producir y a proponer perspectivas interesantes y útiles para los historiadores críticos y contemporáneos.

Una segunda lección, mucho más cercanamente vinculada a la historiografía de esa cuarta generación de los Annales que hemos referido, es la de la reivindicación de una historia *social* diferente, focalizada en particular en reconstruir, de nueva cuenta, la compleja dialéctica entre individuo y estructuras, o entre agentes sociales, sean individuales o colectivos, y los entramados o contextos sociales más globales dentro de los cuales ellos despliegan su acción⁹. Así, tratando de ir más allá de las visiones esquemáticas que, durante décadas, redujeron la acción de los individuos y su rol social al de simples “marionetas”, unilateralmente determinadas en sus posiciones y en sus prácticas por dichas estructuras sociales, estos cuartos Annales proponen volver a revalorar el papel *activo y constructivo* de esos agentes sociales, que no sólo crean y dan cuerpo total a dichos entramados y estructuras sociales como fruto de sus acciones y de sus interrelaciones, sino que también disfrutan, permanentemente, de ciertos márgenes de libertad en su acción cotidiana, eligiendo constantemente entre diversas alternativas y modificando con sus propias prácticas, a veces poco y a veces totalmente, a esas mismas estructuras sociales que, sin duda, establecen en cada momento los límites concretos de su acción.

Restituyendo de esta forma, un enfoque mucho más dinámico y mucho más complejo de los agentes como creadores y reproductores de las estructuras, y de las estructuras como marco envolvente y como límite de la acción de los agentes, que sin embargo se interrelacionan e inter-influyen recíprocamente todo el tiempo, para transformarse mutuamente, esos cuartos Annales son capaces de mostrar, no sólo el carácter cambiante y móvil de los determinismos que las estructuras ejercen sobre los agentes -y que lejos de ser omnipresentes, fatales y de un solo sentido claro, son más bien determinismos generales, tendenciales y en ocasiones de varios sentidos posibles-, sino también el papel siempre activo, dinámico y creador de esos agentes sobre las estructuras, a las que no sólo han construido ellos mismos en el origen, sino a las que reproducen todo el tiempo con su acción, y a las que por lo tanto pueden también

⁹ Para este proyecto de una nueva historia social, cfr. de Bernard Lepetit, “La historia pren els actors seriosament?” en *Manuscrits*, num. 14, Barcelona, 1996 y el libro que él coordinó *Les formes de l'experience. Une autre histoire sociale*, Ed. Albin Michel, Paris, 1995.

modificar, incluso totalmente, en ciertas condiciones y en ciertos momentos históricos determinados¹⁰.

Una *otra* historia social, que superando tanto la visión de la estructura omnipresente y todopoderosa sobre el agente pasivo y puramente receptivo, como también la vertiente opuesta del agente capaz de todo y demiurgo de la estructura y del mundo, que concibe a dicha estructura como reducida a mero “telón de fondo” subsidiario y marginal, intenta más bien reconstituir ese complejo va y viene, desde el individuo o desde el grupo hacia el contexto, y desde este último hacia los primeros. Restitución de esa compleja dialéctica entre los sujetos sociales y las situaciones o medios de su acción, que ha permitido corregir ciertas versiones deformadas de una historia objetivista y estructuralista, que había reducido el papel de los individuos, o de los agentes, o de los sujetos sociales, al de simples “portadores de su condición de clase”, o también al de mera expresión de la estructura, historia que prosperó tanto dentro del marxismo vulgar como fuera de él, antes de la importante revolución cultural de 1968. Pero que, al replantearse en términos de esta dialéctica de interinfluencias recíprocas, permite abonar el desarrollo de una historia realmente crítica, que puede desarrollarse dentro de todos los diversos campos de lo histórico, para aplicarse lo mismo a la historia cultural o a la historia económica, que a la historia demográfica, política o social.

II

...Los intelectuales socialistas deben ocupar un territorio que sea, sin condiciones, suyo: sus propias revistas, sus propios centros teóricos y prácticos; lugares donde nadie trabaje para que le concedan títulos o cátedras, sino para la transformación de la sociedad (Edward P. Thompson, ‘Entrevista’, 1976)

La tercera lección post-68 para una historiografía crítica, se encuentra en cambio asociada a los desarrollos de las varias tendencias y subgrupos que han sido genéricamente calificados como la ‘historia marxista y socialista británicas contemporáneas’¹¹. Y se trata de la propuesta, una vez más, de reivindicación de la historia

¹⁰ Al respecto cfr. Bernard Lepetit, *Carnet de croquis. Sur la connaissance historique*, Ed. Albin Michel, Paris, 1999, y “La larga duración en el presente” en el libro *Segundas Jornadas Braudelianas*, Ed. Instituto Mora, México, 1995.

¹¹ Para una visión *general* de esta historiografía socialista británica, aunque con algunas lagunas importantes, cfr. H. J. Kaye, *Los historiadores marxistas británicos*, Ed. Prentice Hall, Zaragoza, Zaragoza, 1989 y *The education of desire. Marxist and the writing of history*, Ed. Routledge, Nueva York, 1992 (véase también nuestro comentario crítico de este segundo libro en la revista *Annales. Histoire, sciences sociales*, No. 2, 1998). También son útiles en este sentido de un primer panorama general los números de la revista *Historia Social*, de Valencia, consagrados a Edward P. Thompson, num. 18, 1994 y a Eric Hobsbawm, num. 25, 1996.

social, pero aquí entendida, en particular, como el proceso múltiple de *recuperación* del conjunto de las *clases populares* y de los grupos oprimidos dentro de la historia. Recuperación concebida en muy diferentes líneas y niveles, que en un caso se despliega, específicamente, en el sentido del rescate de dichas clases y grupos populares en relación a su verdadera condición de agentes de la dinámica social y del cambio social, mientras que en otro caso avanza, más bien, como el proyecto de reintegrar la voz y la memoria de esos sectores populares en tanto que fuentes esenciales para la construcción del saber histórico. Pero también, en una tercera vertiente, respecto de la elección de la situación de estas clases mayoritarias como observatorio o punto de partida del análisis de la totalidad de lo social, al defender una historia construida *to bottom up* (desde abajo hacia arriba), en la que el criterio de estos sectores que son 'los de abajo', es el que define las formas de percepción y de análisis del grado, la intensidad, las formas y el curso concreto mismo de la confrontación y de la lucha de clases, en sus múltiples desenlaces y resultados posibles.

De este modo, una primera variante de este proceso multifacético de recuperación de las clases populares dentro de la historia, avanza en el sentido de revalorar profundamente, una vez más, el verdadero papel que han tenido esas clases populares y esos grupos oprimidos como reales *protagonistas* y *constructores* del drama histórico. Algo que, como es bien sabido, ha sido originalmente planteado y desarrollado por Marx, y que estos historiadores británicos, justamente marxistas, van a volver a recordar y a replantear con fuerza, frente a la historia positivista inglesa a la que ellos combaten e intentan superar. Y entonces, tendremos nuevamente, y apoyada e inspirada en parte en esta historia socialista inglesa, toda una nueva y vigorosa ola de trabajos concentrados en reconstruir las historias de la clase obrera, los itinerarios y papel de los movimientos campesinos, las experiencias y las luchas de los trabajadores, los estudios y los análisis de los grupos marginales más diversos, igual que la popularización de obras y ensayos sobre la cultura popular y la conciencia obrera, sobre las cosmovisiones campesinas y sobre las formas de ver y de concebir el mundo, características de esos diversos grupos y sectores sociales marginales y marginados ya mencionados, entre muchas otras¹².

Vasto conjunto de perspectivas y de historias de *todas* las clases sociales, y de los innumerables movimientos sociales, que habiendo cobrado nuevo auge después de

¹² Nos referimos a las obras de historiadores como Rodney Hilton, Christopher Hill o Eric Hobsbawm, por mencionar sólo a algunos de los más conocidos. Al respecto, cfr. el ensayo de Eric Hobsbawm, "El grupo de historiadores del Partido Comunista", en el número ya referido de *Historia Social*, num. 25, Valencia, 1996, en donde se narran los orígenes y primeras actividades de los autores de esta primera variante de la historiografía marxista que aquí estamos refiriendo.

1968, se prolongan hasta el día de hoy como uno de los campos más fértiles para el ulterior desarrollo de las historiografías críticas de todo el planeta.

Una segunda variedad importante dentro de estos enfoques de la historia socialista británica, es la que se ha concentrado en proponer el rescate directo de la voz y de la memoria de esas clases populares, como instrumento y fuente para la construcción misma del saber histórico. Pues si esta perspectiva afirma que son esas clases populares las que *hacen* la historia real, entonces lo más lógico es que sean también ellas las que *escriban* la historia, y las que elaboren los propios discursos históricos que intentan dar cuenta de sus obras, de sus luchas, de sus actividades y de sus papeles y roles específicos, dentro de los procesos sociales históricos globales¹³.

Siguiendo entonces la idea de que la ciencia de la historia debe de “darle voz” a los oprimidos, y de que debe hacer que todo el mundo escuche dicha voz, al recuperarla sistemáticamente dentro de los elementos del propio saber histórico, esta historia socialista británica ha tratado de implementar los mecanismos para rescatar y reincorporar a esa memoria de los verdaderos protagonistas esenciales de la historia real, recurriendo para ello a la construcción y a la revalorización de las técnicas de la historia oral,¹⁴ a la vez que fundaba los célebres *History Workshops* o “talleres de historia” en los que, juntos y combinando sus habilidades y sus saberes específicos, los propios obreros, o los habitantes de un barrio, o los protagonistas de un cierto movimiento social, o los campesinos de una localidad, trabajaban con los historiadores “profesionales” o de oficio, para hacer y escribir, o para rehacer y para reescribir la historia, de esa clase, de ese barrio, de ese movimiento o localidad particulares.

Una historia radical que, en la medida en que está incorporando a los propios trabajadores y sectores populares como generadores y constructores del propio saber

¹³ Se trata de los trabajos del grupo cuyo principal representante es Raphael Samuel, el grupo de la revista *History Workshop*, que lamentablemente no han sido suficientemente traducidos al español. Al respecto cfr. los dos libros coordinados por Raphael Samuel, *Historia popular y teoría socialista*, Ed. Crítica Grijalbo, Barcelona, 1984, y *Village life and labor*, Ed. Routledge & Kegan Paul, Londres, 1982. También sus artículos, “Veinticinco años de talleres de historia en Gran Bretaña”, en *Taller d’historia*, No. 4, Valencia, 1994, “Desprofesionalizar la historia” (Entrevista a R. Samuel), en *Historia oral*, Ed. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1991, “¿Qué es la historia social?” en *Historia Social*, num. 10, Valencia, 1991 y “La lectura de los signos” en *Historia contemporánea*, num. 7, Bilbao, 1992. También el libro del mismo Samuel, *Theatres of Memory*, Ed. Verso, Londres – Nueva York, 1996.

¹⁴ Vale la pena insistir entonces en este origen, político y de naturaleza muy radical, de los métodos y las perspectivas de la historia oral, rescatada en esta, su primera vertiente, como ese ensayo de darle voz a los que nunca la han tenido, y de recuperar para la historia del periodo más contemporáneo a esos testimonios de los propios protagonistas, miembros de las clases oprimidas, que han construido directamente los hechos y los procesos históricos fundamentales. Rasgos que, como es bien sabido, se irán borrando y difuminando conforme esta rama de la historia oral gane difusión y extensión en el seno de la corporación de Clío. Para una primera visión panorámica de las diversas corrientes presentes en esta historia oral, cfr. el libro colectivo *La historia oral*, citado en la nota anterior.

histórico, se ha abierto entonces, de manera amplia y muy receptiva, al seguimiento, estudio y registro de prácticamente *todos* los movimientos antisistémicos contemporáneos, haciéndose eco sin excepción, lo mismo del movimiento feminista que del movimiento obrero, de los movimientos pacifistas y antinucleares o de los movimientos estudiantiles, de los movimientos campesinos o de los movimientos antirracistas, igual que de los movimientos indígenas, urbanos, territoriales o locales más diversos.

Una tercera versión de esta historia, derivada de las dos anteriores, es la de construir toda historia posible como una “historia desde abajo”, es decir como una historia que aún cuando se ocupe del análisis de las clases dominantes, o en otro caso de la cultura de las elites, o también del papel del Estado o del mercado, o de la nación, lo hará siempre desde *este observatorio específico* que es el del emplazamiento y la perspectiva de análisis de esas mismas clases *populares*, viendo a los líderes desde el punto de vista de las masas, o al Estado desde la sociedad civil, a la vez que diagnostica a la cultura dominante desde la cultura popular, y a los explotadores y dominadores desde el punto de vista de sus víctimas, desentrañando los mecanismos del mercado desde la producción o construyendo la explicación del fenómeno de la ‘nación’ desde el punto de vista del ciudadano ordinario y común.

Proponiendo entonces estudiar todo fenómeno histórico “desde abajo hacia arriba” (*to bottom up*), esta historiografía socialista británica quiere *descentrar* sistemáticamente a la tradicional historia positivista también inglesa, siempre estatolátrica o adoradora del Estado, politicista, concentrada en los héroes y en los grandes hombres, e ignorante de esas clases populares antes mencionadas. Con lo cual, tendremos por primera vez dentro de los estudios históricos, una perspectiva historiográfica que intenta construirse *desde el propio punto de vista de las clases populares*, desde los modos en que dichas clases sometidas han sentido, vivido y percibido, de manera concreta, todo el conjunto de los hechos y procesos históricos, desde los mas cotidianos y aparentemente triviales, hasta los mas espectaculares y llamativos¹⁵.

Lo que, evidentemente, se opone de manera frontal a la antigua concepción positivista tradicional, que siempre ha reproducido sin crítica solo el punto de vista de los vencedores y de las clases dominantes. Mientras que, en esta variante de la historia británica socialista, justo de lo que se trata es de reexaminar todos los hechos, situaciones y procesos de la historia, desde las cosmovisiones de los campesinos y de los obreros, de los marginados y de los trabajadores, es decir, de todos aquellos sujetos sociales cuyas visiones y percepciones específicas han sido casi siempre ignoradas y omitidas por los historiadores anteriores.

¹⁵ Nuevo tipo de historia cuyo principal representante es, sin duda, Edward P. Thompson. Sobre sus trabajos principales puede verse la lista bibliográfica “E.P. Thompson: una selección bibliográfica” en *Historia Social*, No. 18, Valencia, 1994.

Por último, una cuarta línea de derivación importante de esta perspectiva historiográfica, es la de la reivindicación del original concepto de la “economía moral de la multitud”. Concepto este último que habiendo sido acuñado por el historiador Edward P. Thompson, nos entrega una herramienta muy interesante y muy fecunda para la historia crítica de la lucha de clases y de los movimientos populares¹⁶. Pues recordándonos que esa lucha de clases *no* existe sólo en los momentos culminantes o espectaculares de una revolución, de una revuelta popular o de la Toma de la Bastilla o del Palacio de Invierno, sino *siempre y permanentemente*, este concepto se nos ofrece como el esfuerzo de dar cuenta o de captar de modo mas preciso el mecanismo o barómetro que, en la sensibilidad popular y en el punto de vista de las propias masas populares, regula y establece en cada momento lo que es tolerable y lo que es intolerable, lo que es justo e injusto, lo que aún puede aceptarse frente a aquello que en cambio desencadena la ira popular y la indignación y la sublevación general, mecanismo que en cada situación histórica particular se ha construido siempre desde las tradiciones, la historia, las costumbres y los singulares modos de ver de cada grupo o clase popular, en cada circunstancia y tiempo histórico específicos.

Una “economía moral” de las clases populares, que sólo es captada por sus líderes mas auténticos y por sus portavoces más genuinos, pero que debe ser estudiada, analizada y reconstruida con cuidado por el buen historiador crítico, si es que este desea realmente comprender, de manera concreta, fina y detallada, a esa lucha de clases y a ese decurso social de la historia que intenta explicar. Ya que sin esa radiografía cuidadosa de dicha “economía moral de la multitud”, será muy difícil entender por qué un motín, una revuelta, una insurrección, o hasta una revolución, estalla precisamente en el momento en que lo hace y no antes ni después, y además por qué los desenlaces de todas esas manifestaciones populares y de la lucha de clases, han sido en particular los que han acontecido y no cualesquiera otros diferentes.

III

El acercamiento experimental que ha cristalizado, a fines de los años setenta, en el grupo de los estudiosos italianos de microhistoria (...) se unía a un rechazo explícito de las implicaciones escépticas (posmodernas, si se quiere) presentes tan a menudo en la historiografía europea y americana de los años 80 e inicios de los 90 (Carlo Ginzburg, “Microhistoria: dos o tres cosas que sé de ella”, 1994)

¹⁶ Sobre este importante y original concepto de ‘economía moral de la multitud’ puede verse de Edward P. Thompson, su libro mas importante *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Ed. Crítica, Barcelona, 1989 (2 vols.), y también su ensayo “La economía ‘moral’ de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII” en el libro *Tradición, revuelta y consciencia de clase*, Ed. Crítica, Barcelona, 1979.

Una cuarta lección metodológica importante, deriva en cambio de las contribuciones y desarrollos de la corriente italiana de la *microhistoria*. Una perspectiva historiográfica nacida directamente de los impactos de la revolución cultural de 1968, que recogiendo y superando a la vez a todo el conjunto de las tradiciones de la historia social italiana posterior a 1945, va a irse estructurando durante los años setenta y ochenta alrededor de la publicación de la hoy conocida revista *Quaderni Storici*. Así, manteniendo una posición clara y definidamente progresista y de izquierda, este grupo de historiadores críticos de origen italiano va a elaborar, en primer lugar y como una primera herramienta heurística de la nueva historia crítica, el *procedimiento metodológico del “cambio de escala”*, procedimiento que al postular la posibilidad de modificar la “escala” específica en la que un problema de historia es analizado y resuelto, va en general a desembocar en la reivindicación de la recuperación recurrente de la *escala microhistórica*, o del universo de dimensiones históricas “micro”, como el posible nuevo “lugar de experimentación” y de trabajo de los historiadores que, no obstante, continúan empeñados en explicar y en comprender los grandes y siempre fundamentales procesos globales macrohistóricos¹⁷.

De este modo, y a la vez que critican los límites de los distintos modelos “macrohistóricos” precedentes, que al haberse afirmado dentro de las ciencias sociales y la historiografía del siglo XX, fueron simultáneamente *vaciándose de contenido*, al abandonar su fuente nutricia originaria, que era y ha sido siempre el análisis de los casos particulares y de las experiencias históricas singulares, los microhistoriadores italianos van en cambio a defender este cambio de escala y este retorno sistemático al nivel microhistórico, pero *no para renunciar* al nivel de lo general y de la macrohistoria -como *si* hacen la mayoría de los historiadores locales o regionales tradicionales y positivistas-, sino justamente para renovarlo y enriquecerlo, replanteándolo de modo más complejo y elaborado, a partir de los resultados de esa experimentación y de ese trabajo realizado dentro de los universos de la escala microhistórica.

Porque el núcleo de este procedimiento microhistórico y de cambio de escala, consiste precisamente en esta *recuperación integral* de ese círculo de va y viene, que constituye a la dialéctica compleja de lo macrohistórico o general con lo microhistórico o particular. Recuperación que avanza tomando una o algunas hipótesis centrales

¹⁷ Para tener una primera idea *general* sobre este proyecto de la microhistoria italiana cfr. Anacleto Pons y Justo Serna “El ojo de la aguja: ¿de qué hablamos cuando hablamos de microhistoria?”, en *Ayer*, num. 12, Madrid, 1993, y *Cómo se escribe la microhistoria. Ensayo sobre Carlo Ginzburg*, Ed. Frónesis, Valencia, 2000, Jacques Revel “Microanálisis y construcción de lo social”, en *Entre pasados*, num. 10, Buenos Aires, 1996, Bernard Lepetit, “Architecture, géographie, histoire: usages de l’échelle” en *Genèses*, num. 13, Paris, 1993, y Carlos Antonio Aguirre Rojas, “Invitación a *otra* microhistoria: la microhistoria italiana”, en *Transverso*, num. 1, México, 2001. Vale la pena revisar también el dossier dedicado al tema de “La microhistoria italiana” en *Prohistoria*, num. 3., Rosario, 1999.

de un modelo de explicación *general o macrohistórica* ya establecido o aceptado, para entonces “hacer descender” esta o estas hipótesis a una nueva escala, que es precisamente la escala microhistórica. Escala o universo micro, en el cual dichas hipótesis generales serán puestas a prueba y verificadas, sometiendo su capacidad explicativa a la prueba del caso singular microhistórico elegido, el que al servir de “test” o de “lugar de experimentación” de esas mismas hipótesis, va a terminar siempre modificándolas, enriqueciéndolas, complejizándolas, y a veces hasta refutándolas totalmente, para reformularlas de una manera muy distinta. Y por lo tanto, abriendo siempre la posibilidad y hasta la necesidad de retornar de nuevo a los niveles macrohistóricos o generales, desde los resultados del “experimento microhistórico”, para reproponer entonces *nuevas* hipótesis generales y *nuevos* modelos macrohistóricos, más sutiles, más complejos y más capaces de dar cuenta real de las distintas situaciones histórico concretas a las que ellos aluden¹⁸.

Procedimiento microhistórico del cambio de escala que, entonces, no es sólo radicalmente diferente de la tradicional y muy frecuentada historia local, o también de la propia historia regional -y por ende, igualmente *diverso* de la difundida “microhistoria mexicana” de Luis González y González-, sino también de cualquier historia puramente anecdótica, de las “cosas pequeñas” o de los “espacios” o “problemas reducidos” dentro de la historia. E incluso, es un procedimiento que podría, precisamente, explotarse en el futuro para tratar de *renovar* a esas historias locales, regionales, o anecdóticas, que en su inmensa mayoría terminan derivando justamente en la pura descripción puntual, acumulativa y finalmente intrascendente, de hechos y anécdotas locales o regionales correspondientes a esos diversos microuniversos históricos, los que aquí son considerados solo de manera *aislada y en sí mismos*, descripciones que son tan comunes y tan utilizadas por parte de la mala historia positivista.

Una quinta lección, también asociada a la microhistoria italiana, y directamente conectada con el procedimiento microhistórico que acabamos de explicar, es la de las posibilidades que abre, para el buen historiador, el *análisis exhaustivo e intensivo* de dicho universo microhistórico. Es decir, que al reducir la escala de análisis, y tomar como objeto de estudio a ese “lugar de experimentación” que es la localidad, o el caso, o el individuo, o la obra o el sector de clase elegido, se hace posible llevar a cabo

¹⁸ Para poder medir las complejas implicaciones de este procedimiento microhistórico, vale la pena acercarse a los principales textos metodológicos de la corriente. De ellos, citemos solamente Carlo Ginzburg, “Microhistoria: dos o tres cosas que sé de ella”, antes citado, Giovanni Levi, “Sobre microhistoria”, en el libro *Formas de hacer historia*, Ed. Alianza Editorial, Madrid, 1993, y Edoardo Grendi, “Microanalisi e storia sociale”, en *Quaderni Storici*, num. 35, 1977 y “¿Repensar la microhistoria?”, en *Entrepassados*, num. 10, Buenos Aires, 1996.

un análisis prácticamente *total*, tanto de todos los documentos, las fuentes, los testimonios y los elementos disponibles dentro de ese microuniverso, como también de los diversos y múltiples *sentidos* involucrados en las acciones, las prácticas, las relaciones y los procesos desarrollados por esos personajes, o comunidades, o situaciones microhistóricas investigadas.

Pues a diferencia de los estudios puramente macrohistóricos, que necesariamente seleccionan uno o algunos pocos elementos de la totalidad, a los que investigan y analizan a través de casos o ejemplos, o de situaciones más o menos ilustrativas y/o representativas de las tendencias *generales* -lo que es totalmente pertinente, útil y necesario, mientras *no* se caiga en el vicio ya mencionado de “vaciar” el modelo general de sus referentes empíricos, y de terminar imponiéndolo como molde rígido y obligatorio de la explicación de las múltiples realidades concretas-, el análisis de un caso microhistórico permite, en cambio, mantener el horizonte exhaustivo de *agotar* prácticamente *todos* los niveles de la realidad, y todas las dimensiones y aristas de una situación, de una comunidad, o de un personaje histórico cualquiera, reconstituyendo por ejemplo, la entera *red de relaciones* de un individuo a lo largo de toda su vida, o también *el mapa de vínculos*, alianzas, matrimonios y disputas de todas las familias de un pequeño pueblo, o también las formas de vida, los espacios de ocupación, las expectativas familiares y los comportamientos culturales y políticos de una cierta clase obrera determinada, o también todos los contextos sociales múltiples de la redacción y de la recepción social de una cierta obra intelectual, etc.¹⁹.

Al mismo tiempo, y acompañando a este estudio que agota todas las dimensiones de la realidad micro bajo examen, se hace posible también un análisis más *intensivo* de los testimonios y de las fuentes diversas. Un análisis que ubicándose ahora desde el punto de vista del *sentido* de los hechos históricos, intenta también agotar *todos* los sentidos imbricados dentro de cada problema histórico, multiplicando las perspectivas de interrogación de dicho problema, y los puntos de observación de los mismos, para tratar de construir, también dentro de la historia, lo que el antropólogo Clifford Geertz ha llamado “descripciones densas” de los problemas. Es decir, descripciones que sintetizan y combinan en un solo esquema explicativo, las muy diversas maneras en que la situación o el problema analizado ha sido visto, percibido, y procesado, por todos y

¹⁹ Para estos ejemplos mencionados, y algunos casos más, cfr. Edoardo Grendi, *Storia di una storia locale. L'esperienza ligure 1792-1992*, Ed. Marsilio Editori, Venecia, 1996 e *I balbi. Una famiglia genovese fra Spagna e Impero*, Ed. Giulio Einaudi, Turín, 1997, Giovanni Levi, *La herencia inmaterial*, Ed. Nerea, Barcelona, 1990, Simona Cerutti, *La ville et les métiers*, Ed. EHESS, París, 1990, y Maurizio Gribaudi, *Itinéraires ouvriers*, Ed. EHESS, París, 1987. Para el punto de la recuperación de la teoría de las redes sociales, cfr. Michel Bertrand “De la familia a la red de sociabilidad” en *Revista Mexicana de Sociología*, año LXI, num. 2, 1999 y el libro coordinado por Mauricio Gribaudi, *Espaces, Temporalités, Stratifications*, Ed. EHESS, Paris, 1998.

cada uno de los actores y agentes sociales en él involucrados. Un análisis exhaustivo y al mismo tiempo denso del “lugar microhistórico”, que acerca de inmediato a los historiadores hacia el horizonte de la historia global, y también hacia el punto de vista de la totalidad, los que hemos ya mencionado y desarrollado anteriormente.

La última lección hasta ahora aportada por la microhistoria italiana, y que es la sexta lección de la historiografía posterior a 1968, es la de la importancia de reconocer, cultivar y aplicar el *paradigma indiciario* dentro de la historia²⁰. Y ello, en general, pero también y muy especialmente cuando nuestro objeto de estudio es el conjunto de elementos y de realidades que corresponden a la historia de las clases populares, de los grupos sometidos, de los “derrotados” sucesivos en las diferentes batallas históricas, y más en general de todas esas “víctimas” dentro de los procesos históricos, cuya historia ha sido siempre silenciada, omitida, marginada, reprimida o hasta eliminada y borrada de diferentes maneras.

Porque ha sido precisamente en el intento de reconstruir los elementos que componen a la cultura *popular* italiana y europea del siglo XVI, pero *no* vista y analizada desde el punto de vista de las clases dominantes, sino viéndola desde el propio punto de vista de esas mismas clases populares, que Carlo Ginzburg ha explicitado ese paradigma indiciario. Paradigma basado en el desciframiento de ciertos indicios históricos, cuya esencia consiste en que el historiador se capacite y entrene para ser capaz de *leer e interpretar los múltiples indicios* que, *habiendo sobrevivido* a los procesos de recodificación, filtro, deformación, conservación sesgada, y reescritura de la historia por parte de las clases dominantes, permiten todavía hoy acceder de manera *directa* a esos puntos de vista y a esas cosmovisiones de la cultura popular, al modo de huellas, síntomas o trazos que, adecuadamente leídos e interpretados, logran aún revelarnos esas realidades silenciadas y marginadas sistemáticamente que conforman a esa misma cultura popular.

Y es que si partimos del hecho de que las clases populares *no* saben leer ni escribir sino hasta fechas muy recientes, entonces es claro que los testimonios y documentos sobre su cultura sean en general escasos, cuando no hasta inexistentes. Y si a ello agregamos que la historia la hacen siempre los vencedores, entonces resulta evidente que lo que ha llegado hasta nosotros, cuando ha llegado, sobre esa cultura popular, son sólo y sobre todo las visiones de las clases dominantes sobre dicha cultura de las clases que ellos mismos han sometido y explotado, visiones que además de *no* compren-

²⁰ Nos referimos al importante artículo de Carlo Ginzburg, “Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciales”, en el libro *Mitos, emblemas, indicios*, Ed. Gedisa, Barcelona, 1994, artículo que es el más importante texto de metodología histórica escrito en los últimos treinta años. De los múltiples ecos que suscitó este artículo, mencionemos solamente el debate, en el que participa el propio Carlo Ginzburg, publicado en la revista *Quaderni di Storia*, num. 11, 12 y 14, de los años 1980 y 1981.

der adecuadamente dicha cultura, la banalizan, deforman, y distorsionan, a través de los ineludibles filtros, interesados y nada imparciales, de su propia posición de clase hegemónica. Por ello, lo único que ha llegado hasta nosotros de esa cultura popular, eminentemente oral y siempre negada y expulsada de la historia oficial, no son otra cosa que esos pequeños *indicios*, o rasgos y elementos *aparentemente* insignificantes para cualquier mirada ordinaria, pero en verdad profundamente *reveladores* y *esclarecedores* para la mirada aguda y para el olfato especialmente entrenados del historiador crítico, que ha cultivado esta búsqueda de los indicios, y esta capacidad de su lectura e interpretación adecuadas.

Por eso, Carlo Ginzburg juega, para explicar este paradigma indiciario, con la comparación metafórica entre la actividad del historiador, de un lado, y en el otro con toda una serie de actividades que incluyen, por ejemplo, el trabajo del detective, o también la labor del psicoanalista, o la pesquisa de un juez, igual que el diagnóstico de un buen médico, o la investigación del especialista de arte que es capaz de atribuir acertadamente la autoría de un cuadro supuestamente anónimo, entre otros. Pues en todos estos casos se trata de saberes *indiciarios*, que a partir de esos elementos sólo aparentemente secundarios o insignificantes, que son los rastros dejados involuntariamente por el culpable, o los actos fallidos del paciente, o las contradicciones o lagunas presentes en la deposición de los testigos, o los síntomas diversos de un enfermo, o también los modos recurrentes y totalmente singulares de pintar una uña, una oreja, una zona del cabello o un pliegue del vestido, logran *descubrir* y establecer esa realidad *oculta* y *de difícil acceso*, pero finalmente “atrapable” y descifrable por el buen investigador o pesquisidor²¹.

Un saber indiciario que es, también, uno de los *modos permanentes* y *milenarios* *del saber popular*, del saber de esas mismas masas y clases populares, que aprehenden el mundo por la vía de la experiencia cotidiana y de la observación atenta del entorno circundante. Y por lo tanto, *también* a partir de esa capacidad de leer los indicios y de interpretarlos adecuadamente, como en el caso del saber de los cazadores, de los marineros, de los carpinteros o de los curanderos y médicos populares.

Un saber apoyado en indicios que, bien aprendido y bien aplicado, es una herramienta preciosa tanto para el rescate de todos esos temas difíciles y que se “resisten” a darse fácilmente al historiador, -lo que hace que el mal historiador positivista,

²¹ Para estas comparaciones realizadas por Carlo Ginzburg, cfr. *El juez y el historiador*, Ed. Muchnik, Barcelona, 1993, *Rapporti di forza. Storia, retorica, prova*, Ed. Feltrinelli, Milan, 2000, “El inquisidor como antropólogo”, en *Historias*, num. 26, México, 1991, “Revisar la evidencia: el juez y el historiador”, en *Historias*, num. 38, México, 1997 y Carlo Ginzburg y Adriano Prosperi, *Giochi di Pazienza*, Ed. Einaudi, Turín, 1975.

simplemente los ignore, y pase de largo olímpicamente frente a ellos-, como, más en general, para el desarrollo más rico y complejo de esa buena historia crítica, que recupera esos elementos de la historia popular, pero siempre desde el propio punto de vista de las víctimas.

IV

*...Me interesa analizar al otro Marx, el que enfrentaba las perspectivas dominantes de las ciencias sociales del siglo XIX (...). El análisis de los sistemas-mundo pretende ser una crítica a las ciencias sociales del siglo XIX (Immanuel Wallerstein, *Impensar las Ciencias Sociales*, 1991)*

Una séptima lección importante de la historiografía posterior a la revolución cultural de 1968, está vinculada con el desarrollo de la cada vez más difundida perspectiva del “world-systems analysis” (del análisis de los sistemas-mundo). Perspectiva que habiéndose desarrollado, también a raíz de la ruptura de finales de los años sesenta en Estados Unidos, ha ido difundiéndose y ganando popularidad en todo el mundo a lo largo de los últimos cinco lustros. Perspectiva crítica, que se reivindica también como directamente inspirada en los trabajos de Marx, y cuyo representante principal es Immanuel Wallerstein, que hoy es, entre muchas otras cosas, director del conocido *Fernand Braudel Center* de la Universidad de Binghamton. Centro Fernand Braudel, al que igualmente podríamos considerar, como el espacio de concentración más importante para la reproducción e irradiación mundial de este mismo enfoque²².

Así, esa séptima lección referida, es la que alude al paradigma que afirma que la *unidad de análisis* obligada para el examen y explicación de cualquier fenómeno, hecho, o proceso acontecido durante los últimos cinco siglos, es la *unidad planetaria del sistema-mundo capitalista*. Es decir, una propuesta metodológica que afirma que, para poder explicar *cualquier* fenómeno social de la historia capitalista del último medio milenio, es imperativo y forzoso mostrar sus conexiones y vinculaciones con esa unidad de referencia, siempre presente y siempre esencial e imprescindible en tér-

²² Para un primer acercamiento a esta perspectiva del *World-System Analysis*, cfr. el ensayo de Walter L. Goldfrank “Paradigm Regained? The Rules Of Wallerstein’s World-System Method” en la revista electrónica *Journal of World-Systems Research*, vol. XI, num. 2, 2000, en el sitio <http://csf.colorado.edu/jwsr>, Harriet Friedmann, “Promethean Sociology” en el libro *Required reading. Sociology’s most influential books*, Ed. University of Massachusetts Press, Amherst, 1998 y nuestro artículo, Carlos Antonio Aguirre Rojas, “Chiapas, América Latina y el sistema-mundo capitalista”, en *Chiapas*, num. 10, 2000. Para una síntesis predominantemente *descriptiva* del itinerario intelectual de Immanuel Wallerstein puede verse también el libro de Orlando Lentini, *La scienza sociale storica di Immanuel Wallerstein*, Ed. FrancoAngeli, Milán, 1998.

minos de una explicación adecuada, que es justamente el sistema-mundo capitalista en su totalidad.

Lo que implica entonces que, para esta perspectiva, son siempre inadecuados y hasta encubridores de la realidad, los marcos conceptuales que intentan encuadrar y explicar esos mismos fenómenos sociales, desde el marco de la “nación”, o del “Estado”, o de la “sociedad”, o de cualquiera de las combinaciones que derivan del acoplamiento de estos términos, como son el Estado-nación, la sociedad nacional o la sociedad estatal. Porque al afirmar que el verdadero marco en el que se desenvuelven *todos* los procesos capitalistas, es el marco del sistema-mundo semiplanetario o planetario, según las épocas, lo que se reivindica es la existencia de una *dinámica global* igualmente planetaria, que estaría siempre actuante y siempre presente durante el último medio milenio transcurrido, y que sería la *dinámica última y determinante* del conjunto de realidades, situaciones, sucesos y acontecimientos desplegados dentro de los límites de este mismo sistema-mundo capitalista²³.

Y entonces, no se trataría simplemente de “sumar” o de “agregar” los “factores externos”, o extranacionales, a los “factores internos”, nacionales o estatales, de una “sociedad” determinada, lo que siempre se hace tomando a dichos factores externos como un mero complemento, marginal y secundario, de esos factores internos, sino más bien de lo que se trata es de *invertir y de transformar* radicalmente nuestros modos de explicación y de interpretación habituales, reubicando también en el *centro* de nuestras hipótesis y de nuestros modelos, a esa *dinámica supranacional* de las tendencias globales del sistema-mundo, *dinámica* que, sólo en un segundo momento, va a especificarse y a concretarse en las diversas *dinámicas regionales, nacionales y locales particulares*.

Reubicación de ese marco global del sistema-mundo, como referente más general de nuestras explicaciones, que entonces nos obliga a comenzar por preguntar si el problema o tema investigado se ha desplegado en una zona central, semiperiférica

²³ Sobre este punto, que es quizá la contribución más importante y original de esta perspectiva del análisis de los sistemas-mundo, Immanuel Wallerstein ha insistido reiteradamente. Véanse por ejemplo sus textos “Hold the tiller firm: on method and the unit of analysis” en *Comparative Civilizations Review*, num. 30, Spring 1994; “World-System” en *A dictionary of marxist thought*, 2a. edición, Ed. Blackwell, Oxford, 1991, “An agenda for world-system analysis”, en *Contending Approaches to World-System Analysis*, Ed. Sage, Beverly Hills, 1983, “World-System Analysis”, en *Encyclopedia of Political Economy*, Ed. Routledge, Londres, 1999, o los artículos “¿Desarrollo de la sociedad o desarrollo del sistema-mundo?”, “Sistemas históricos como sistemas complejos” y “Llamado a un debate sobre el paradigma”, estos tres últimos incluidos en el libro *Impensar las ciencias sociales*, antes citado. Las dos obras que mejor ilustran las implicaciones y la novedad derivada de esta tesis central de la perspectiva del “world-system analysis”, son la obra de Immanuel Wallerstein, *El moderno sistema-mundo*, 3 vols. hasta hoy publicados, Ed. Siglo XXI, México, 1979, 1984, y 1998, y de Giovanni Arrighi, *El largo siglo XX*, Ed. Akal, Madrid, 1999.

o periférica de ese sistema-mundo, y también si ha acontecido dentro de una fase ascendente o descendente, en primer lugar, del ciclo Kondratiev, pero también y en segundo lugar, de los ciclos hegemónicos de las potencias del sistema-mundo, y en tercer lugar, dentro de qué fase, etapa o momento temporal dentro de la curva integral de vida del sistema-mundo en su conjunto. Preguntas que al ser respondidas nos dan ya, según esta perspectiva del análisis del sistema-mundo, las *primeras coordinadas esenciales* para la explicación concreta de ese problema histórico analizado²⁴.

Una octava lección, también ligada a esta perspectiva del análisis del sistema-mundo, es la que se refiere a la necesidad de repensar nuevamente, de manera crítica, la *forma de organización del sistema de los saberes humanos* en general, y en particular, el *episteme hoy vigente* dentro del conjunto o universo de las llamadas *ciencias sociales*. Porque recuperando en este punto, la exigencia antes referida de una historia verdaderamente globalizante o totalizante, y proyectándola en particular hacia el problema de la historia de la construcción de las diversas disciplinas o ciencias que hoy abordan los diferentes renglones de lo social humano en el tiempo, este paradigma del world-system analysis va a criticar radicalmente la actual *configuración disciplinar* del estudio de lo social, que sigue encerrando nuestras reflexiones e investigaciones dentro de la ya arcaica división de esas supuestas ciencias autónomas y separadas que son la economía, la antropología, la ciencia política, la historia, la geografía, la sociología, la psicología o la lingüística, entre otras. En contra de esta parcelación del saber sobre lo social, cada vez más paralizante y cada vez más limitada, esta perspectiva va en cambio a pugnar abiertamente por “abrir las ciencias sociales”, para reconstruir una nueva y abarcadora “unidisciplinarietà” para el estudio de lo social, que fundada y apoyada en *una* sola epistemología global, sea capaz de edificar la “ciencia social-histórica” que deberá sustituir a esas actuales disciplinas mencionadas de la antropología, la economía, la ciencia política, la historia o la sociología, etc.²⁵.

²⁴ Para la explicación más detallada de estos fenómenos mencionados y de otros conectados con ellos, desde esta perspectiva del world-system analysis, el lector puede remitirse a los libros de Immanuel Wallerstein, *The capitalist world-economy*, Coedición Cambridge University Press/Editions de la Maison des Sciences de l'Homme, Cambridge, 1979, *The politics of the world-economy*, Coedición Cambridge University Press/Editions de la Maison des Sciences de l'Homme, Cambridge, 1984, *Geopolitics and geoculture*, Coedición Cambridge University Press/Editions de la Maison des Sciences de l'Homme, Cambridge, 1991, *Después del liberalismo*, Ed. Siglo XXI, México, 1996, *Utopística o las opciones históricas del siglo XXI*, Ed. Siglo XXI, México, 1998, *Conocer el mundo, saber el mundo: el fin de lo aprendido*, Ed. Siglo XXI, México, 2001, y el libro coordinado por Immanuel Wallerstein y Terence K. Hopkins, *The age of transition. Trajectory of the world-system 1945-2025*, Ed. Zed Books, Londres, 1996.

²⁵ Sobre este punto, además de los libros de Immanuel Wallerstein *Abrir las ciencias sociales, Impensar las ciencias sociales*, y *Conocer el mundo, saber el mundo: el fin de lo aprendido*, citados anteriormente pueden verse también sus ensayos “La historia de las ciencias sociales”, Ed. CIICH-UNAM, México, 1997, “¿Hay que ‘impensar’ las ciencias sociales del siglo XIX?” en *Revista Internacional de Ciencias*

Revisando y cuestionando entonces de raíz, las específicas divisiones epistemológicas que fundan este esquema parcelado y cuadrículado de las distintas disciplinas o ciencias sociales contemporáneas, esta perspectiva desarrollada en parte por Immanuel Wallerstein, va a demostrar lo estéril e insostenible de seguir intentando separar el pasado del presente, lo político de lo social y lo social de lo económico, así como el estudio de las civilizaciones europeas del de las supuestas culturas o civilizaciones no europeas. Divisiones y separaciones que hoy se revelan como insostenibles y como puramente artificiales, y que cada vez resultan más paralizantes y restrictivas para la adecuada comprensión de lo social, siendo sin embargo el verdadero fundamento último de la justificación de esta configuración disciplinar actualmente vigente. Divisiones que urge entonces criticar y eliminar, para abrir el paso a la construcción de ese nuevo horizonte *unidisciplinar* en el análisis de lo social, hacia el cual tienden de manera espontánea todas las perspectivas y todas las corrientes más innovadoras desarrolladas recientemente dentro de esas mismas ciencias sociales actuales.

Invitándonos entonces a repensar con seriedad estas premisas no explicitadas de nuestro actual sistema de construcción de la ciencia sobre lo social, Immanuel Wallerstein explica entonces la actual crisis que vive este episteme todavía dominante, crisis que *no* se resolverá nunca, ni con la interdisciplinariedad, ni con la multidisciplinariedad, pero tampoco con la transdisciplinariedad o con la pluridisciplinariedad, las que en todos los casos parten finalmente del dato de respetar, sin criticarlo, ese mismo fundamento de la división en diferentes disciplinas, al que en el fondo consideran válido y legítimo, y del cual sólo quieren paliar o modificar sus ‘malas’ consecuencias, pero sin transformar de raíz ese mismo fundamento. Mientras que, por el contrario, en la perspectiva del análisis del sistema-mundo, de lo que se trata es justamente de deslegitimar y de eliminar por completo dicho fundamento de la división disciplinar, reconstruyendo desde la base *otro modo o episteme* diferente para ese mismo estudio de lo social, un episteme precisamente *unidisciplinario* para la comprensión y examen de lo social-humano en el tiempo.

Con lo cual, la actual crisis que viven las ciencias sociales actuales, sólo puede ser superada si abolimos completamente dicha parcelación en disciplinas, y si volvemos a esas visiones unitarias y unidisciplinares sobre lo social que existieron, todavía, hasta la primera mitad del siglo XIX, por ejemplo en el propio caso de Carlos Marx. Nueva visión unidisciplinaria en la que, por lo demás, habrá que recuperar todo el conjunto de las contribuciones importantes desarrolladas por estas mismas ciencias

Sociales, Barcelona, 1988, “El fin de las certidumbres en ciencias sociales”, Ed. CIIICH-UNAM, México, 1999 y “Social Sciences in the Twenty-first Century” en el sitio del Centro Fernand Braudel, Sección ‘Papers’ en <http://www.binghamton.edu/fbc>.

sociales parceladas, en sus ciento cincuenta años de desarrollo en general. Una recuperación compleja y sutil, en la que los aportes hasta hoy desarrollados, en particular por la historia, deberán ocupar un rol central y de primera magnitud, al contribuir a esclarecer los mecanismos temporales de la continuidad y del cambio, y más en general, todas las implicaciones y conexiones de esos fenómenos sociales con esta dimensión profunda y omnipresente de la temporalidad²⁶.

* * *

Estas son, brevemente resumidas, las principales lecciones que nos aportan las más importantes corrientes historiográficas hoy vigentes y fundamentales, dentro del panorama universal de los estudios históricos más contemporáneos. Lecciones que, obviamente, son en su totalidad *terra incógnita* para los malos historiadores oficialistas, tradicionales y positivistas, a pesar de que constituyen, sin duda, las herramientas más cotidianas y los referentes más usuales de los buenos historiadores críticos contemporáneos. Y es claro que resulta abusivo, y finalmente hasta mentiroso, auto-denominarse “historiador” si uno no conoce y domina, por lo menos, a esta serie de autores, paradigmas y propuestas que, en su conjunto, son el legado más reciente, y también las perspectivas todavía vivas y vigentes, correspondientes a los modos más actuales en que se ejerce hoy el apasionante oficio de la historia.

²⁶ En torno a este complejo desafío actual para los científicos sociales contemporáneos, cfr. por ejemplo el libro de Boaventura de Sousa Santos, *Toward a new common sense*, Ed. Routledge, Nueva York, 1995, y Carlos Antonio Aguirre Rojas “La larga duración: in illo tempore et nunc”, en el libro *Ensayos braudelianos*, Manuel Suárez Editor, Rosario, 2000, el capítulo IV del libro *Fernand Braudel y las ciencias humanas*, Ed. Montesinos, Barcelona, 1996 (cuya versión en alemán, ligeramente modificada, hemos citado antes), y “Repensando las ciencias sociales actuales: el caso de los discursos históricos en la historia de la modernidad” en el libro *Itinerarios de la historiografía del siglo XX*, antes mencionado.